



Discurso de Pepa Fernández, en el acto de entrega del Premio CEDRO 2019

Madrid, 26 de abril de 2019

Gracias por acompañarme en este momento feliz que ha propiciado el Jurado del Premio Cedro; y gracias especiales a mi querida y admirada Carme Riera, que siempre es tan generosa conmigo.

Me da una gran alegría recibir este premio por lo que significa: un reconocimiento a la defensa de unos derechos en los que no estoy directamente implicada. Soy la primera «no creadora» que lo recibe.

Pero es verdad que desde que empecé mi carrera, y especialmente desde 1999, cuando me puse al frente del programa finisemanal de Radio Nacional de España, hice una apuesta decidida y explícita por la cultura.

Aprendí de ese gran poeta que es Joan Margarit que la cultura representa nuestra única defensa ante la intemperie moral; lo único que ayuda a sobrellevar los golpes emocionales que nos da la vida. Por lo tanto, no resulta difícil defender la cultura. Lo difícil es tener éxito en ello.

Vivimos en la época de lo material. Nos bombardean con la necesidad de tener un cuerpo diez, de machacarnos en el gimnasio para conseguir una tableta de chocolate. Nos incitan a comer de forma saludable (*healthy* es la palabra fetén). Si somos veganos y tomamos super alimentos, mejor. Y si nos sometemos a un tratamiento *antiaging*, muchísimo mejor (¡qué bien suena “antiaging” comparado con “antiedad”, que parece una paletada!). Aunque ustedes y yo sabemos que es inútil luchar contra el calendario.

Todo nos empuja a la vida física saludable. En cambio, no nos hablan con el mismo entusiasmo y perseverancia de crecer intelectualmente, de cultivar nuestro espíritu. Y a pesar de ello, sabemos que las sociedades cultas son más libres y disfrutan de una mejor convivencia, tienen capacidad de reflexión y pueden defenderse de los engaños porque son sociedades mucho más críticas. ¿Será ese el problema?

El aprendizaje y el disfrute de la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones, educa la sensibilidad y nos hace más empáticos. Aprendemos el placer de la armonía. La música, por ejemplo, acompaña en la euforia y consuela en la desgracia. Hasta el punto de que con ella se puede disfrutar, incluso, de la propia tristeza.

Con la literatura, el cine y el teatro aprenderemos a vivir otras vidas, pero, también y sobre todo, aprendemos a vivir la nuestra.

Hace unos días, conversando sobre besos de película con Juan Carlos Ortega y José Luis Garci les preguntaba si creían que el cine nos ha enseñado a besar. Y Garci dijo que sin duda. Que el cine había cambiado la forma en que los humanos nos demostramos el amor.



La literatura, el cine y las artes escénicas son un entrenamiento para la vida y una gimnasia para el pensamiento. Y hablando de pensamiento, reivindico también el papel de la radio como gran estimuladora de una de nuestras facultades más misteriosas: la imaginación.

En nuestra cabeza cabe todo, siempre que nosotros tengamos la capacidad de imaginarlo. Podemos crear las imágenes más espectaculares, más impactantes, más poderosas. Pensándolo bien, ya no nos quedan tantas cosas que ejerciten la imaginación. Hay que cuidarlas y hay que preservarlas porque están en peligro de extinción. Pienso en la radio y en los libros.

Los libros son auténticos tesoros que nos brindan, además, capacidad de concentración y de abstracción, y nos vinculan con un montón de palabras que nos permiten pensar y argumentar mejor. Creo sinceramente que esa asombrosa capacidad de comunicarnos es la única arma eficaz contra la intolerancia, el fanatismo y la violencia.

Por todo ello, debemos proteger y alentar a nuestros creadores, porque sin ellos viviríamos peor, sentiríamos peor, nos comunicaríamos peor. Seríamos peores.

No se puede consentir, por ejemplo, la piratería que golpea a las obras artísticas y a sus autores. La piratería es un robo y la sociedad debe entender que contribuye a él cuando descarga o reproduce productos ilegalmente.

Siempre me ha parecido increíble que estemos dispuestos a gastarnos un dineral para tener el último modelo de ordenador, de tableta o de móvil y no estemos dispuestos a pagar unos pocos euros para disfrutar de un contenido digital. Es inexplicable.

Además, los creadores son tratados por las leyes y la Administración como si no tuvieran ese papel tan fundamental que he intentado describir. Aunque precisamente hoy nos llega una buena noticia para los autores jubilados. Una noticia que habría alegrado mucho a nuestro querido Forges,

Si la cultura es el alimento de la libertad y de la convivencia, ¿qué podemos pensar de los gobiernos que no se ocupan de fomentarla y de protegerla?

Lo digo en un fin de semana decisivo. Hoy acaba una campaña en la que la cultura ha brillado por su ausencia. Una vez más. En breve, tendremos un nuevo Gobierno y la atención o la desatención respecto a la cultura y a los creadores nos permitirá ver enseguida qué tipo de personas están al frente de este país.

Me he enrollado un poco, pero quería explicarles por qué me parece tan importante la cultura y por qué a partir de ella decidí construir un programa de radio vacío de política, de crónica social y de fútbol. Y un programa lleno de palabras nuevas y palabras moribundas, de latín, de ciencia, de filosofía, de matemáticas, de libros, de cine y teatro... Un programa cultural para disfrutar y aprender.



Parece que el cóctel no salió mal del todo porque este 2019 celebramos 20 años en antena. Algo que una no imagina ni en sus mejores sueños. Y menos en una radio pública que, como saben, no es un ejemplo de estabilidad: diez directores en veinte años.

Hemos llevado la radio por toda España y por muchos países del mundo. Hemos difundido la cultura y el folclore de cada pueblo, de cada región, de cada país, y nos hemos empapado de ella. Y ahí seguimos, 1.814 programas después, con más achaques pero con la ilusión intacta. Eso ha sido posible gracias a un equipo de compañeros y colaboradores que generosamente me han acompañado en este camino. Agradecimiento infinito para ellos.

Decía que yo no soy creadora de nada. Pero he tenido la suerte de rodearme de grandes creadores. Prácticamente todos los colaboradores de “No es un día cualquiera” son autores. Quizás por eso soy tan consciente del valor de los derechos de autor. Admiro a los creadores. Estoy convencida de que los necesitamos y de que cada vez los vamos a necesitar más. Y por ello debemos asegurarnos de que reciban la remuneración justa por su trabajo, como queremos recibirla también nosotros, los que no creamos nada, con la diferencia de que ellos sí: ellos nos salvan de la intemperie.